

templa esas opiniones inglesas. Es liberal en el sentido más amplio y más hermoso de la palabra. Pide que todos los ciudadanos sean iguales ante la ley, que se declare capaces de todas las funciones públicas á los hombres de todas las sectas, que los católicos y los judíos puedan sentarse en el Parlamento, como los luteranos, los anglicanos y los calvinistas. Refuta á Mr. Gladstone y á los partidarios de las religiones de Estado con un ardor de elocuencia, una abundancia de pruebas y un vigor de razonamiento inquebrantables; demuestra hasta la evidencia que el Estado no es más que una asociación laica, que su fin es completamente temporal, que su único objeto es proteger la vida, la libertad y la propiedad de los ciudadanos; que, confiándole la defensa de los intereses espirituales, se trastorna el orden de las cosas, y que atribuirle una creencia religiosa es lo mismo que si un hombre, no satisfecho de andar con los pies, confiase á los pies al propio tiempo la función de ver y de oír. Muchas veces se ha tratado en Francia esta cuestión y se trata aún; pero nadie lo ha hecho con más acierto, con razones más prácticas y argumentos más palpables. Macaulay saca la discusión de la región metafísica; la trae á la tierra, la hace accesible á todos los espíritus; busca sus pruebas y sus ejemplos en los hechos más conocidos de la vida ordinaria; se dirige al comerciante, al industrial, al artista, al sabio, á todo el mundo; enlaza la verdad que demuestra con las verdades familiares é íntimas que nadie puede menos de admitir, y á que se asiente con toda la fuerza de la experiencia y del hábito; arroja y sojuzga la creencia con razones tan sólidas, que sus adversarios le agradecerán el haberles convencido; y si por azar algunos de entre nosotros necesitasen

una lección de tolerancia, deberían buscarla en ese *Ensayo*.

Tal amor á la justicia tórnase pasión, cuando se trata de la libertad política; es el punto sensible, y, al tocarlo, se pone el dedo en el corazón del escritor. Macaulay la ama por interés, porque es la única garantía de los bienes, de la felicidad y de la vida de los particulares. La ama por orgullo, porque es la honra del hombre. La ama por patriotismo, porque es una herencia legada por las generaciones precedentes; porque desde hace doscientos años viene defendiéndola contra todos los ataques y salvándola de todos los peligros una serie de hombres honrados y de grandes hombres; porque es la fuerza y la gloria de Inglaterra; porque, enseñando á los ciudadanos á querer y á juzgar por sí mismos, acrece su dignidad y su inteligencia; porque, asegurando la paz interior y el progreso continuo, preserva al país de las revoluciones sangrientas y de la decadencia tranquila. Todos esos bienes están perpetuamente presentes á sus ojos; y quienquiera que ataque la libertad que los funda se hace al punto su enemigo. No puede ver con calma la opresión del hombre; todo atentado contra la voluntad humana le hiere como un ultraje personal. A cada paso se le oyen palabras amargas; y las bajas adulaciones de los cortesanos con que tropieza traen á sus labios sarcasmos tanto más violentos cuanto más merecidos. Pitt, dice, hizo en el colegio versos latinos á la muerte de Jorge I. «En esa composición pide á las Musas que lloren sobre la urna de César, porque César, según el poeta, amaba á las musas—César, que no era capaz de leer un verso de Pope, y que no amaba más que el ponche y las mujeres gruesas.» Otra vez, en la biografía de miss Burney, cuenta cómo la

pobre joven, célebre por sus dos primeras novelas, recibió en recompensa, y por gran favor, un puesto de camarista de la reina Carlota; cómo, extenuada por las vigiliias, enferma, casi moribunda, pidió por merced el permiso de marcharse; cómo la «dulce reina» se indignó por esa impertinencia, no pudiendo comprender que hubiese quien se negase á morir á su servicio y por servirla, ó que una literata prefiriese la salud, la vida y la gloria al honor de doblar los vestidos de su majestad. Pero cuando Macaulay llega á la historia de la revolución, entonces es cuando toma justicia y venganza de los que violaron los derechos del público, de los que odiaron ó hicieron traición á la causa nacional, de los que atentaron á la libertad. No habla como historiador, sino como contemporáneo; parece que están en juego su honor y su vida, que aboga por sí mismo, que es miembro del Parlamento Largo, que oye á la puerta los mosquetes y las espadas de los guardias enviados para detener á Pym y Hampden. M. Guizot ha narrado la misma historia; pero en su libro descubris el juicio sereno y el sentimiento imparcial de un filósofo. No condena las acciones de Strafford ni de Carlos; las explica. Muestra en Strafford el carácter imperioso, el genio dominante que se siente nacido para mandar y quebrantar la resistencia, y á quien una inclinación invencible subleva contra la ley ó el derecho que le ata; hombre que oprime por una especie de necesidad interior, y que está hecho para gobernar, como una espada para herir. Muestra en Carlos el respeto innato de la realeza, la creencia en el derecho divino, la convicción arraigada de que toda representación ó reclamación es un insulto á su corona, un atentado á su propiedad, una sedición criminal é impía: desde ese instante no veis

ya en la lucha del rey y del Parlamento más que la lucha de dos doctrinas; dejáis de interesaros por la una ó por la otra, para interesaros por las dos; sois espectadores de un drama; no sois ya jueces de un proceso. Un proceso instruye ante nosotros Macaulay; toma partido en él; su relato es una requisitoria, y la más violenta, la más severa, la más razonada que se ha escrito. Aprueba la condena de Strafford; honra y admira á Cromwell; exalta el carácter de los puritanos; elogia á Hampden hasta igualarle con Washington; no tiene palabras bastante despreciativas é insultantes para Laud, y lo más terrible es que justifica cada uno de sus juicios con tantas citas, autoridades, precedentes históricos, razonamientos y pruebas concluyentes como podría acumular la vasta erudición de Hallam ó la serena dialéctica de Mackintosh. Júzguese de esa pasión arrebatada y de esa lógica contundente por un solo pasaje:

«Durante más de diez años el pueblo había visto hollados sus derechos—los derechos que le pertenecían á título de herencia inmemorial y á título de compra reciente—por el pérfido rey que los había reconocido. Por fin, las circunstancias obligaban á Carlos á convocar un nuevo Parlamento: era otra ocasión que se ofrecía á nuestros padres. ¿Debian desperdiciarla como habían desperdiciado la primera? ¿Debian dejarse burlar otra vez por un *le roi le veut*? ¿Debian anticipar otra vez su dinero fiándose en promesas violadas un día y otro día? ¿Debian ir á depositar una segunda petición de derechos á los pies del trono, prodigar por segunda vez subsidios á cambio de una segunda ceremonia vana, y despedirse luego, hasta que, al cabo de otros diez años de fraude y de opresión, su príncipe solicitase un nuevo subsidio y le pagase con un

nuevo perjurio? Tenían que optar entre fiarse de un tirano ó derrocarlo. Creemos que eligieron cuerda y noblemente.

»Los abogados de Carlos, como los abogados de otros malhechores contra los cuales se aducen pruebas abrumadoras, evitan comúnmente toda discusión sobre los hechos, y se contentan con apelar á los testimonios consignados sobre su carácter. ¡Tenía tantas virtudes privadas! ¿Por ventura no tenía virtudes privadas Jacobo II? ¿No las tenía Oliverio Cromwell, aun juzgado por sus más acérrimos enemigos? Y, después de todo, ¿cuáles son esas virtudes atribuidas á Carlos? Un celo religioso, no más sincero que el de su hijo, y no menos estrecho y pueril, y un corto número de esas cualidades domésticas que la mitad de las piedras tumulares reclaman en nuestro país para los muertos que bajo ellas reposan. ¡Buen padre! ¡Buen esposo! ¡Soberbia apología sin duda para quince años de persecución, de tiranía y de mentira!

»Nosotros le imputamos haber violado el juramento de su coronación, y se nos responde que ¡cumplió su juramento matrimonial! Le acusamos de haber entregado su pueblo á las severidades despiadadas de los prelados más fanáticos y más duros, y su disculpa es ¡que puso á su niño sobre las rodillas para besarle! Le reconvenimos el haber violado los artículos de la petición de derechos, después de haber prometido respetarlos, á cuenta de buenas y sólidas compensaciones, y se nos dice que ¡tenía la costumbre de ir á oír rezar desde las seis de la mañana! A consideraciones como estas, juntamente con su traje Van Dick, su cara agraciada y su barba puntiaguda, á eso debe—sinceramente lo creemos—la mayor parte de la popularidad de que goza en nuestra generación.

»Por nuestra parte, no comprendemos esta frase trivial: hombre de bien, pero mal rey. Es lo mismo que si se nos dijese: hombre de bien, y padre desnaturalizado; hombre de bien, y amigo desleal. Al apreciar el carácter de un individuo, no podemos hacer abstracción, en el examen de su conducta, del oficio más importante del hombre; y si en ese oficio nos aparece egoísta, cruel y falso, nos tomaremos la libertad de llamarle un mal hombre, á pesar de toda su templanza en la mesa y de toda su puntualidad en la capilla (1).»

Eso en cuanto al padre. Ahora va el hijo. El lector comprenderá, por el furor de la invectiva, el exceso de rencor que ha dejado el gobierno de los Estuardos en el corazón de un patriota, de un whig, de un protestante y de un inglés:

«Vinieron entonces aquellos días, que nunca pueden recordarse sin sonrojo, días de servidumbre sin fidelidad, de sensualidad sin amor, de talentos imperceptibles y de vicios gigantescos, el paraíso de los corazones fríos y de los espíritus estrechos, la edad de oro de los cobardes, de los mogigatos y de los esclavos. El rey se arrastró delante de su rival para obtener los medios de pisotear á su pueblo, descendió hasta ser el virrey de Francia, y se guardó, con una infamia complaciente, sus degradantes insultos y su oro, más degradante aún. Las caricias de las prostitutas y las bromas de los bufones rigieron la política del Estado; el gobierno tuvo la habilidad estrictamente necesaria para engañar, y la religión estrictamente necesaria para perseguir; los principios de la libertad fueron la irrisión de todo arlequín de corte y el anatema de

(1) *Ensayos críticos é históricos*, tomo 1, pág. 36.

todo monaguillo. En todos los altos lugares se rindió culto y homenaje á Carlos y á Jacobo, á Belial y á Moloch; é Inglaterra aplacó á esos obscenos y crueles ídolos con la sangre de los mejores y más valientes de sus hijos. Vinieron crímenes tras crímenes, vergüenzas tras vergüenzas, hasta que la raza maldita de Dios y de los hombres fué expulsada por segunda vez para errar por la haz de la tierra, para servir de proverbio á los pueblos y para ser señalada con el dedo por las naciones (1).»

No he podido traducir todas las metáforas bíblicas de este pasaje, que ha conservado algo del acento de Milton y de los profetas puritanos. Basta, con todo, para indicar hacia dónde se dirigen las diversas tendencias de ese gran espíritu, cuál es su pendiente, cómo el espíritu práctico, la ciencia y el talento histórico, la atención continúa á las ideas morales y religiosas y el amor á la patria y á la justicia concurren á hacer de él el historiador de la libertad.

II

A ello contribuyó su talento: porque sus opiniones son de la misma familia que su talento.

Lo que llama la atención en él ante todo es la extraordinaria solidez de su espíritu. Prueba todo lo que dice con una fuerza y una autoridad asombrosas. Está

(1) *Ensayos críticos é históricos*, tomo 1, pág. 46.

uno casi seguro de no extraviarse nunca siguiéndole. Si utiliza un testimonio, empieza por medir la veracidad y la competencia de los autores que cita, y por corregir los errores que pueden haber cometido por negligencia ó parcialidad. Si formula un juicio, se apoya en los hechos más ciertos, en los principios más claros, en las deducciones más sencillas y más lógicas. Si desenvuelve un razonamiento, jamás se pierde en una digresión; tiene siempre el objeto delante de los ojos, y se dirige á él por el camino más seguro y más recto. Si se eleva á consideraciones generales, sube paso á paso todos los grados de la generalización, sin omitir uno solo; sondea el terreno á cada instante; no añade ni quita nada á los hechos; quiere llegar á la verdad exacta al precio de todas las precauciones é investigaciones. Sabe infinidad de pormenores de toda especie; posee grandísimo número de ideas filosóficas y de todos linajes, pero su erudición es de tan buena ley como su filosofía, y una y otra constituyen una moneda digna de ser aceptada por todos los espíritus que piensan. Se ve que no cree nada sin razón; que, si se pusiese en tela de juicio alguno de los hechos que anticipa ó alguna de las ideas que sugiere, se vería llegar al instante una multitud de documentos auténticos y una apiñada legión de argumentos convincentes. En Francia y en Alemania estamos demasiado acostumbrados á recibir hipótesis con el nombre de leyes históricas, y anécdotas dudosas con el nombre de sucesos comprobados. Vemos con harta frecuencia fundarse sistemas enteros de la noche á la mañana, á medida del capricho de un escritor: especies de castillos fantásticos cuya disposición regular simula la apariencia de los verdaderos edificios, y que se deshacen de un soplo, al intentar tocarlos. Todos hemos fabri-